

Jean MARTIN e Yvon PELLERIN (dirs.)

Du lin à la toile. La proto-industrie textile en Bretagne

Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2008, 336 pp.

La industria textil bretona, en particular la que se basaba en la fabricación y venta de lienzos, cuenta con una tradición historiográfica que se remonta al menos a Henri Séé, quien publicó algún trabajo sobre el tema a principios de la década de 1930. Ha sido, no obstante, en tiempos recientes, y en buena medida como secuela del espectacular desarrollo de las investigaciones centradas en el tema de la “protoindustria” [Rudolf Braun; Franklin Mendels; Peter Kriedte, Hans Medick y Jürgen Schlumbohm; Pierre Leon; Christian Vandebroeke, Xoán Carmona; Congreso de Historia Económica de Budapest de 1982], cuando han aparecido trabajos extensos de tipo monográfico, entre los que cabe citar los de Jean Tanguy [*Quand la toile va. L'industrie toilière bretonne du 16^e au 18^e siècle*, Rennes, Éditions Apogée, 1994] y Jean Martin [*Toiles de Bretagne. La manufacture de Quintin, Uzel et Loudéac, 1670-1830*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 1998].

El libro que ahora comentamos retoma en parte conclusiones ya expuestas por los autores que acabo de citar, no en vano Jean Martin es uno de los editores y autor de dos capítulos, y la obra está dedicada a Jean Tanguy, fallecido hace pocos años. Creo que el principal valor de esta monografía radica en su carácter interdisciplinar, esto es, en el propósito de abordar la industria textil bretona desde una perspectiva histórica, pero al tiempo con la colaboración de expertos procedentes del campo de la lingüística y la literatura, de la geografía, de la historia del derecho, de la edafología y de la recuperación y gestión del patrimonio etnográfico, todos ellos participantes en los encuentros sobre “L’histoire du lin et de la toile”, que están en la génesis de la obra.

En efecto, entre las colaboraciones firmadas por una docena y media de autores, las hay que tratan de las condiciones edafológicas y climáticas que favorecían el cultivo del lino en Trégor (Dominique Poulain), del estatuto jurídico de los “routoirs” o pozos en donde los haces de lino se ponían a macerar o a “cocer” (Thierry Hamon); de la información que proporciona el catastro napoleónico sobre el número, localización y medidas de estos pozos, algunos de ellos recuperados, restaurados y convertidos en elementos patrimoniales (Régis Le Vaillant); del patrimonio arquitectónico cuyo origen está, directa o indirectamente, relacionado con los ingresos procedentes de la industria textil, caso de mansiones de comerciantes o incluso de iglesias parroquiales (Patrick Pichouron); de la singularidad política de Trégor en la época contemporánea, plasmada en el dominio de la izquierda frente a la inclinación conservadora de la región (Jean-Jacques Monnier); de las manifestaciones del folklore —canciones, dichos, refranes— que reflejan el peso del cultivo del lino en la economía campesina de Trégor, pues la siembra, cuidado y recolección de la planta condicionaba el calendario agrícola y, en consecuencia, los ritmos de trabajo y determinadas formas de sociabilidad (Daniel Giraudon); hay, en fin, páginas dedi-

cadas a los actuales procesos de recuperación y puesta en valor del patrimonio etnográfico, material e inmaterial, relacionado con una actividad, como es el cultivo y transformación del lino, hoy desaparecida (Marie-Armelle Barbier-Le Deroff).

El libro se divide en dos partes. La primera está dedicada al territorio conocido como Trégor (*Bro-Dreger* en bretón), situado en la costa norte, entre las antiguas provincias de San Brieuc y León (el río Morlaix marca su límite occidental); la segunda contiene estudios que tratan de la diversidad que caracteriza la industria textil en la región de Bretaña. Por lo que se refiere a la primera parte cabe destacar diversas contribuciones. La de Jean Martin insiste en que la singularidad de Trégor, desde doblado el siglo XVII, radica en que los campesinos abandonaron la fabricación de lienzos —una actividad difundida en la segunda mitad del XV, e impulsada por las relaciones mercantiles intensificadas con Inglaterra y los Países Bajos y después con España— para dedicarse al cultivo del lino y a su venta en rama (“en bois”) o en hilo a los tejedores de otras zonas. Hacia 1660 se consolida lo que el autor denomina, de modo exagerado, “la primera reconversión industrial” de Trégor, que da origen a una situación que se mantiene hasta la década de 1830. La linaza se importaba del Báltico, fundamentalmente de Riga, en barcos en su mayor parte de Lübeck, y era desembarcada en el puerto de Roscoff, en el exterior de la bahía de Morlaix, desde donde se distribuía entre los campesinos de Trégor, que sufrían no pocas veces las extorsiones de los comerciantes. Como es sabido, el cultivo del lino exige gran cantidad de abono y de trabajo, pero aun así ofrece mayor rentabilidad que el de cereales: de acuerdo con cálculos de 1852, los gastos de cultivo de una hectárea sembrada de lino superaban en un 63 a los que exigía la misma tierra destinada a centeno, pero el valor de la producción bruta era, en el primer caso, un 174 por cien superior (y un 95 con respecto al trigo). En el costo total de las diversas operaciones que se necesitaban para preparar una tela para la venta, el lino en rama representaba cerca de un tercio, su preparación para el hilado un 15 por cien, y esta última operación del 20 al 30 (p. 29). Desde 1830, coincidiendo con la expansión de los tejidos de algodón y la competencia de lienzos de otras regiones, caso de los de Silesia, la siembra del lino notó un fuerte retroceso aunque se mantuvo hasta mediados del siglo XX, si bien cada vez en menos tierras.

Las economías campesinas basadas en el cultivo del lino alimentaban una serie de circuitos comerciales (Philippe Jarnoux). De un lado estaban las relacionadas con la importación y distribución de la semilla, y de otro los derivados de la venta de la fibra, bien en rama (“en bois”), bien rastrillada e hilada por mujeres —a veces niñas de menos de diez años— de las familias productoras. En todo caso, la distribución del lino, en diferente estado de elaboración, es un proceso no siempre bien conocido, al estar en manos de pequeños tratantes que con algún caballo recorrían los caminos que llevaban de las zonas de cultivo a las de tejido. A juzgar por el elevado número de pozos de embalsado y por la abundancia de hilanderas, cabe entender que la fibra se vendía con frecuencia en hilo, con un considerable valor añadido. Los “routoirs”, considerados insalubres por varias causas —como la de ocasionar la muerte de la fauna fluvial—, funcionaron sin embargo al margen de normas de

diverso rango (Thierry Hamon). Incluso la “*Ordonnance des Aux et Forêts*” de Colbert, de 1669, fue ignorada hasta la década de 1730, y entonces tampoco se aplicó con éxito, de ahí la abundancia de pozos que registra el catastro napoleónico. La prohibición definitiva del “*rouissement par eau*” no llegará hasta 1895, pero entonces el cultivo del lino había decaído mucho y hacía tiempo que la revolución de la química modificara el tratamiento de la fibra.

La segunda parte contiene varios trabajos que, a modo de estado de la cuestión, abordan diversos asuntos tocantes a la industria textil bretona y a los circuitos comerciales en que se insertaba. Queda de relieve que, aparte de la comentada diferenciación entre zonas de cultivo del lino y zonas de tejido, la geografía de la fabricación de lienzos trazada por Jean Tanguy sigue siendo, en lo fundamental, válida: las telas se elaboran, fundamentalmente, en el centro de la región, al sur de la bahía de San Brieuc (las bretañas de Quintin, Uzel y Loudéac, a las que Jean Martin consagró su tesis doctoral); y al oeste de la bahía de Morlaix, en el obispado de León (Las “crées” —traducción francesa del término bretón “krez”, que significa camisa de niño— tejidas entre Morlaix y Laudernau). Se podrían añadir otros enclaves, como el situado al este, en los alrededores de la ciudad de Laval, y el radicado en la costa norte, entre las poblaciones de Lannion y Gingamp; tampoco se debe olvidar la fabricación de telas de cáñamo: las “noyales” que salían del este de Rennes (Vitré, Noyal-sur-Vilaine...), coparon hasta doblado el siglo XVIII buena parte del mercado del velamen de las flotas. El papel de los comerciantes parece decisivo a la hora de explicar no sólo el destino final de las telas sino la propia localización del tejido en Bretaña, una actividad a la que se dedican de modo cada vez más intenso en el XVII campesinos empobrecidos de ciertas zonas; los comerciantes del privilegiado puerto de Sain-Malo adquieren un protagonismo creciente a la hora de concentrar las telas y enviarlas al exterior, siendo la bahía de Cádiz el principal destino o entrepuerto para su envío a las colonias americanas (Jean Martin, Yann Lagadec, Anne Pennanguer, André L’Espagnol). La dependencia del mercado español fue uno de los factores de la crisis del textil bretón, afectado rudamente por la agresiva política arancelaria de la monarquía hispana de fines del XVIII, por las guerras marítimas y por los conflictos políticos entre la metrópoli y las colonias a principios del XIX. Todo ello, unido a la competencia del algodón y a la ausencia de transformaciones internas, dio origen a la agonía del textil, en franco retroceso desde 1830. Los multiplicados intentos de modernización no tuvieron éxito, y la desindustrialización se acompañó en ocasiones de la emigración y de la búsqueda de empleos alternativos como el de traperos y el de amas de cría (Roger Toinard). A fines del Antiguo Régimen el futuro parece unido a las fábricas de indianas que se establecen en Nantes, y que incorporan las nuevas máquinas de origen inglés (Samuel Guicheteau).

Esta parte de la obra incluye además otras aportaciones que tratan de modo breve cuestiones de interés: una de ellas es la del blanqueo, que en Bretaña se realizaba en hilo o una vez tejida la pieza. En el obispado de León se hacían de la primera forma, en instalaciones denominadas “*kandi*”, y aunque lo aconsejable era blanquear las telas —como se hacía en las regiones productoras del lienzo de cali-

dad—, parece que en Bretaña los resultados no eran del todo malos, pues el hilo blanqueado alcanzaba un precio muy superior al que no lo estaba (Andrée Le Gall-Sanquer; Jean Luc Richard). La operación de blanqueo, aun siendo en hilo, no la realizaban en el obispado de León los campesinos cultivadores de lino, sino los *juloded*, una élite campesina que disponía de grandes explotaciones, y que intervenía activamente en el sector textil comprando hilo, blanqueándolo, encargando tejido y vendiendo las telas. Louis Élégoët resume en su breve capítulo parte de las conclusiones de la monografía publicadas sobre este grupo, una especie de casta que se mantiene hasta comienzos del siglo xx, lo que da idea de su capacidad de reproducción social.

A la hora de hacer una valoración global de la obra *Du lin à la toile* hay que partir del hecho de que su origen está en encuentros de tipo regional o departamental entre estudiosos e interesados en la industria textil desde perspectivas o con finalidades variadas, entre ellas las de tipo histórico, pero también las de recuperar y poner en valor —como ahora se dice— un importante patrimonio etnográfico. Estos cometidos los cumple el libro, al margen de la heterogeneidad de las colaboraciones, pues unas quedan reducidas a breves resúmenes, otras presentan estados de la cuestión más exhaustivos, y algunas hacen aportaciones documentales de interés (en concreto los capítulos que tratan del estatuto jurídico de los “routoirs” y de su presencia en el catastro napoleónico).

De todas formas, a los especialistas en la historia industrial y comercial bretona que colaboran en el volumen cabría exigirles una mayor atención a la bibliografía internacional sobre la protoindustria —muy abundante y de calidad, y poco presente incluso en las monografías que citábamos al comienzo—, y algunos análisis comparativos, pues Bretaña no es la única región que ve desaparecer en el curso del xix su industria doméstica de fabricación de lienzos. Tampoco parece suficientemente argumentada la localización geográfica del tejido de lienzos —¿por qué hay amplias zonas en las que los campesinos dan la espalda a esta actividad?— y sería oportuno profundizar en las razones de las diferencias que se advierten en los procedimientos de blanqueo —en hilo o después de tejer—, una operación fundamental para alcanzar telas de calidad y por lo mismo competitivas, pero que no ha de considerarse como simple manipulación técnica, pues el optar por un método o por otro remite a los propios orígenes de la industria —rurales o urbanos—, a las condiciones de producción y a las de comercialización, como ha demostrado Xoán Carmona para el caso de Galicia, con muchos parecidos con el bretón.

Pegerto Saavedra Fernández
Universidade de Santiago de Compostela